

Un nuevo Libro sobre Agualongo

Escribe: GUILLERMO PAYAN-ARCHER

Tengo que confesar que no obstante mi condición de nariñense era muy poco lo que sabía del famoso Agualongo, el guerrillero pastuso que les dio tantos dolores de cabeza a las fuerzas patriotas, sobre todo, después de la batalla de Bomboná. Por eso, porque la oportunidad era calva para saciar mi curiosidad, me leí de un tirón el libro que con el título "Banderas solitarias - Vida de Agualongo" y bajo el patrocinio del Banco de la República acaba de publicar Alberto Montezuma Hurtado.

Principiaré por decir que el Agualongo que yo me imaginaba resultó ser el mismo que con tanta autoridad documental y con mano verdaderamente maestra pinta Montezuma Hurtado. Indio de la cabeza a los pies, malencarado y "echao p'alante", testarudo hasta la desesperación, astuto y rápido como los tigrillos de sus ventisqueros nativos y valeroso hasta la locura, había en él, como principal virtud, un apego y una lealtad a su tierra y a sus tradiciones que todavía sorprenden por lo que significan como postura varonil y como ejemplo. Y por detrás de esa polifacética estructura humana, una mezcla de valores donde se confundían el hombre rudo con alma de niño, el creyente ingenuo y temeroso de Dios y de los santos, el anti-ambicioso por antonomasia y el desprendido de las prebendas que ofrece la vida, listo a jugarse el pellejo sin esperar ninguna recompensa. Dice la leyenda que Agualongo, en cosa de minutos, podía reír o llorar, rezar o maldecir, matar o amar. Y riendo, llorando, rezando, maldiciendo, matando y amando luchó hasta el fin.

Pero si el Agualongo descrito por Montezuma Hurtado no varió mucho del que yo había inventado en mi imaginación, lo que sí resultó un descubrimiento para mí es lo que el autor revela a propósito de lo que eran el sur y Pasto entre 1819 y 1824. No hay

tal que todo el mundo estuviera del lado de Fernando VII, y no hay tal, como se ha repetido, que el clero, en su totalidad, fuera realista. Dado el pésimo trato que la Corona le daba a la región, unido al abandono en que la tenía sumida, y dado el doble juego de los obispos de Popayán y Quito, civiles por su lado y curas por el suyo, estaban divididos. Tampoco es cierto que durante las llamadas "Guerras de Pasto" fuera el pueblo el que luchó tozudamente contra la independencia, como lo sostiene más de un cronista mal informado; más bien lo fue la burguesía, que a toda costa quiso defender sus intereses, comprometiendo peligrosamente a la Iglesia, como en el caso de las monjitas conceptas que no vacilaron en organizar alegres becerradas dentro del convento para mejor financiar a sus cómplices. Finalmente, los culpables de la sangre que se derramó en esa época aciaga no fueron propiamente los pastusos, a quienes siempre se les colocó entre la espada y la pared y quienes en últimas eran los que ponían los muertos. Por eso no está mal que se mencione a Sucre, Salom, Flórez, Sanders y Maza, como a los autores y los ejecutores de todas esas matanzas, que a pesar del paso del tiempo todavía empañan nuestra historia. Y por eso está bien que Montezuma Hurtado vuelva a hablar de la masacre de la Navidad de 1822, del "Estatuto de Pacificación" que firmó Bolívar después del fracaso de la aventura de San Miguel de Ibarra y de las parejas que Juan de la Cruz Paredes arrojó por los despeñaderos del Guáitara.

Para terminar su magnífico libro, Montezuma Hurtado refiere que Agualongo, el mismo día de su fusilamiento, recibió de parte del rey su ascenso al generalato, y que este fue el primero y el último contacto entre el soberano español y su "desconocido servidor" en el sur de la Nueva Granada. Yo añadiría que fue un nombramiento que le llegó demasiado tarde al iluso y desventurado guerrillero. Tal vez habría sido mejor que el rey le hubiera enviado dinero, armas y municiones, como es lo usual cuando hay guerra de por medio. Pero Agualongo y sus gentes defendían a su gobierno gratis y a su tierra por puro amor. Más o menos, como ocurre con los nariñenses de ahora.